

chilena. Esta obra de Pinilla lleva muy bien su nombre: es una bibliografía crítica muy completa y muy bien construida.

Recorriendo las páginas de este folleto puede comprobarse *documentalmente* esa evidente falta de proporción entre la cantidad y la calidad en lo que se ha escrito acerca de Gabriela Mistral. La poetisa sale ahora quizá de ese período de falsa aureola que no necesita, que la perjudica; y merced a lo que ha de hacer la crítica interpretativa, comprensiva, podrá manifestársenos mejor su personalidad hasta sus planos más profundos. Y en esos resultados tendrá su parte honrosa Norberto Pinilla, autor laborioso e inteligente de esa valiosa bibliografía.

RAIMUNDO LAZO,
Universidad de La Habana.

ARTURO JIMÉNEZ BORJA, *Moche*.—Lima, Editorial Lumen, 1938. s. numeración de páginas.

En mi estudio "El arte indio de Matilde Pérez", he señalado cómo el arqueólogo y el poeta se valen de la intuición y la imaginación; cómo arqueología y poesía se atraen por evidentes correspondencias.

Se cumple este hecho, de manera notable, en *Moche*, de Arturo Jiménez Borja, libro que podría definirse como la arqueología poética de los mochicas. Jiménez Borja, folklorista, arqueólogo y prosista de moderna y sobria elegancia, acompaña estos dones con los del dibujante. La cultura mochica que describe en su libro aparece ilustrada con dibujos del autor realizados ante objetos arqueológicos de los principales museos del Perú.

Los vasos mochicas—escultóricos y pictográficos—son la fuente más segura para el estudio de la vida del antiguo Moche ya que reproducen la figura humana, los hechos de guerra, las ocupaciones, la flora y la fauna. Observa Jiménez Borja en el arte mochica el mismo afán de llenar el espacio que se nota en el arte indio de América—el de México particularmente; el interés centrado en el primer plano y, en el caso mochica, la vibración, el vitalismo, agitando de principio a fin la voluntad expresiva.

Este arte, realista en los vasos escultóricos—en realidad verdaderos retratos—se deforma con frecuencia en artística imaginería en representaciones de animales y plantas o de elementos de la naturaleza como el cielo, el río, las islas.

El caracol, por ejemplo, alarga el cuello bajo su concha adornado con las líneas curvas indicadoras de aguas corrientes; el ojo se redondea en perfecto círculo de donde parten los cuernecillos esquemáticos, rematados con dos redondelitos y la boca, convertida en dentadas fauces, se abre en amenaza. Esta deformación es la más sencilla. Las dos últimas incluídas por Jiménez Borja en su libro, tienen ya recargamiento

fantástico: en una de ellas, el cuello luce una decoración de flor estilizada que llena toda la superficie y está bordeado por una línea de hojas o pétalos; en la cabeza el ojo redondo lleva ornamentación en los extremos; los cuernecillos, trabajados como en el dibujo anterior, son tres ahora y la cola sale del caparazón torcida hacia arriba y adornada con redondeles pequeñísimos y borde de pétalos. Las dos patas visibles aparecen también decoradas con dedos que sugieren pencas de maguey. La última representación es aún más complicada. El cuerpo se ha alargado desproporcionadamente; la concha del caracol queda en el centro como pequeña silla de montar; el cuerpo es ahora una especie de dragón chino lujosamente adornado con los motivos característicos del arte mochica.

Bellísima es también la representación del cielo en forma de águila fantástica con la cola formada por plumas larguísimas, esquematizadas en cintas negras en cuyo término aparece la alusión a las estrellas en pares de ojos.

El río es una figura con patas y cara de hombre como los de las pictografías; brazos, cuerpo y cola de camarón. Sobre el cuerpo la alusión a las ondas acuáticas en las franjas negras ondeantes, el jeroglífico del sol, el signo escalonado, y otros motivos de decoración lineal.

La prosa acompañada por estos dibujos tiene en contraste, la difícil sencillez lograda por el conocimiento íntimo de nuestra lengua y un seguro instinto expresivo regido por el buen gusto. Ved esta descripción de los ríos costenos: "Nacen en las azules lagunas en deshielo, al pie de los nevados de la cordillera. Al comienzo son menudos y bajan por la quebrada blancos de espuma. Poco a poco el valle se ensancha y el río resuena joven y fuerte arrastrando las piedras de su lecho. Alisos y molles decoran las riberas y a lo lejos, sobre el lomo de los cerros, los cactus se empinan. Quebrada abajo del río se remansa, y a su vera, en faja angosta y premisora, verdean los primeros sembríos".

CIRO ALEGRÍA, *Los perros hambrientos*.—Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, 1938. 170 pp.

Mitólogo del Maraón en el oriente peruano, Ciro Alegría lleva a un plano artístico otra zona geográfica del Perú—la sierra del norte—en su segunda novela *Los perros hambrientos*. Los cholos valientes de los valles orientales quedan atrás, mientras se adelantan los tímidos, indios y cholos cordilleranos. Se cumple con esta novela la representación de un hecho conmovedor observado en las punas: la intimidad del hombre con los animales que viven con él en una misma dimensión comprensiva, sintiendo los mismos goces y los mismos dolores.

Sólo un profundo conocedor de este hecho como Ciro Alegría, pudo describir esa misteriosa realidad; lanzarse a la tentativa de sorprender el pensar de los perros domésticos; hacer la apología de su lealtad superior a la humana.